

EL PSICOANÁLISIS AL ALCANCE DE TODOS

Fanny Elman Schutt¹

Miembro Adherente de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) y Miembro Invitado de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM).

RESUMEN

La propuesta de la autora es transmitir de manera sintética lo esencial del pensamiento freudiano. Explica de manera clara en que consiste el psicoanálisis en paralelo a la trayectoria de su creador. Se define el psicoanálisis como un método para cuya utilización se recurre a diversas técnicas y en base a las experiencias producidas se va construyendo una teoría del funcionamiento psíquico. Esta teoría se constituye en dos grandes etapas que corresponden al desarrollo de la primera y segunda tópicas.

PALABRAS CLAVE

Interpretación, pulsión, transferencia, elaboración, narcisismo, construcción

ABSTRACT

The proposal of the author is to convey in a synthetic way the essential of Freudian thought, trying to explain clearly what psychoanalysis is in parallel with the trajectory of its creator. Psychoanalysis is defined as a method whose use is resorted to various techniques and based on the experiences produced is built a theory of psychic functioning. This theory is constituted in two major stages that correspond to the development of the first and second topics.

KEYWORDS

Interpretation, drive, transference, working-through, narcissism, construction

¹Correspondencia: Fanny Elman Schutt Calle Careluega, 45. 28033 Madrid. Teléfono: 913-838-781.E-mail: fannyelman32@gmail.com

EL PSICOANÁLISIS AL ALCANCE DE TODOS

1. INTRODUCCIÓN

Durante 40 años, a partir de mi llegada a España desde Argentina en 1976, en mi condición de médica-psicoanalista, decidí dedicar una parte importante de mi tiempo de trabajo profesional a realizar grupos de estudios sobre la obra de S. Freud.

Distaban unos diez años para que Laplanche reclamara un retorno sobre la obra de Freud, ante el apogeo del lacanismo, el cual traía aparejado que las referencias freudianas en la obra de Lacan se consideraran suficientes. Las escuelas lacanianas se denominaban freudianas, pero la lectura de los textos freudianos no era lo prioritario. Tampoco en las sociedades oficiales lo fueron durante el apogeo anglosajón de los años '50 y '60. Durante los primeros semestres de los Seminarios se estudiaba anárquicamente algunos textos freudianos como una especie de derecho de piso para pasar en los tres Seminarios siguientes a estudiar a la escuela kleiniana y a muchos otros autores de desigual valor. Con mis grupos de estudio en España no había que retornar sino simplemente partir. Los grupos freudianos adquirieron pronto un gran prestigio y por ejemplo el Colegio oficial de Psicólogos de Barcelona me ofreció entonces sus instalaciones y todo su apoyo para desarrollar en base al modelo de trabajo en grupos cursos de cuatro años de duración muy accesibles para todos los psicólogos de Cataluña.

En cuanto a mi obra escrita, privilegié como objetivo prioritario rescatar un material muy poco conocido, excluido de las obras completas, como fue la colaboración de Freud con un experto en política internacional, William Bullitt, en un trabajo, nada menos, que sobre un presidente norteamericano de gran notoriedad por haber firmado el Tratado de Versalles al final de la Primera Guerra Mundial: el Presidente Woodrow Wilson. En base a ese material que me había atraído mucho, decidí escribir un libro que se publicó finalmente en el año 2005, con el título *La Fascinación del Líder* (Elman Schutt, 2005).

Pretendo en el presente texto responder al desafío de lograr en el mínimo de páginas posibles dar cabida a lo esencial del pensamiento freudiano, poniéndolo a disposición de cualquier persona que no necesariamente tenga estudios previos en la materia.

Comenzaré y seguiré un cierto rigor cronológico, pero poniendo más de relieve las ideas más importantes al igual que sus transformaciones, para lo cual, en algunos momentos retrocederé temporalmente, para no perder ciertas ligazones y seguir mejor la sucesión de los descubrimientos freudianos.

Me propuse, además, un texto que no abunde en citas de otros autores, reduciéndolas al mínimo, aunque las que considero aportaciones más importantes fueron incorporadas naturalmente, pues la visión actual no puede ignorarlas y complementan muy bien las ideas originales.

Notarán que le doy el lugar que considero indispensable al contexto político-social en el cual todas las ideas se han producido. No es lo mismo lo que Freud escribe en 1900, 1910, en 1920 o en la década del 30. Tampoco es igual la trascendencia del psicoanálisis en la posguerra como lo he de consignar explícitamente más adelante, como el que recibió el impacto del 1968 francés.

El psicoanálisis con Freud a la cabeza fue sobre todo vienés, mientras que en la posguerra será

dominantemente anglosajón, y luego, pasará a manifestar una fuerte influencia francesa, pero además es fundamental la progresiva mayor expansión del psicoanálisis iberoamericano en lengua castellana.

Todos estos movimientos estuvieron presididos por el retorno a las fuentes freudianas.

Se puede decir que nada de lo acontecido en todos los órdenes del conocimiento se ha mantenido ajeno a la influencia del psicoanálisis primordialmente freudiano.

2. ¿QUÉ ES EL PSICOANÁLISIS?

En primer lugar es necesario reconocer que su creación y su historia están indisolublemente ligadas a la figura de un hombre: Sigmund Freud.

El psicoanálisis en sus fundamentos es freudiano o no es psicoanálisis. El hecho de que después de la muerte de Freud se haya adjetivado como kleiniano o lacaniano tiene relación con las aportaciones que psicoanalistas como Melanie Klein o Jacques Lacan hicieron, pero siempre basadas en ideas freudianas. Los discípulos de ambos adoptaron esa identidad, entre otros motivos, porque la obra escrita por dichos autores se circunscribía a pocos textos, mientras que la obra de Freud es muy extensa y para muchos acceder a ella resultaba una tarea ciclópea.

Además hubo cierta confusión, que ha conducido a muchos a afirmar que las ideas de Freud estarían caducadas y por lo tanto llamadas a ser sustituidas. Freud no era dogmático y él mismo fue introduciendo modificaciones a lo largo de su obra, abierta siempre a nuevos desarrollos y señaló que toda su obra constituye un camino acogedor y abierto a futuras contribuciones. Para explicar que es el psicoanálisis, veamos primero el recorrido de su creador.

Sigmund Freud nació en una aldea de Moravia, Freiberg; y se trasladó siendo un niño pequeño con su familia a vivir en Viena, capital en ese entonces del Imperio Austro-Húngaro.

Aunque con cierta nostalgia de los bosques que rodeaban a su aldea natal, desarrollo allí todos sus estudios, compartiendo en su juventud el extraordinario desarrollo cultural y artístico que tuvo lugar en esa Viena que se aproximaba al fin del siglo XIX.

Sus muy variados intereses humanísticos al comenzar su adolescencia se orientaron junto a su mejor amigo, Edward Silverstein, a la fundación de una sociedad que llamaron “Academia Española”, concebida para estudiar español y dedicarse a leer textos del Siglo de Oro en su idioma original, entre otros, los de Cervantes.

Freud tenía además grandes dotes para la investigación, puestas de manifiesto en su ciclo de estudios secundarios, antes de decidir ingresar en la carrera de medicina.

Durante dichos estudios realizó tareas de investigación de laboratorio sobre cortes del sistema nervioso, pero lo que produciría en él una gran conmoción fue su asistencia a través de una beca a las clases en París del profesor Charcot, quien producía ataques histéricos valiéndose de la hipnosis.

Luego en Nancy pudo asistir a variadas experiencias en las cuales se utilizaba el hipnotismo.

Freud presenció allí como una orden dada a una persona hipnotizada era cumplida estrictamente

por ésta, sin tener conciencia del motivo por el cual lo hacía. Por ejemplo, la orden recibida durante la hipnosis podía ser absurda, por ejemplo “abrir un paraguas en una habitación cerrada” y la persona al despertarse cumplía estrictamente la orden sin saber por qué lo hacía.

Freud se preguntaba sobre la eficacia de esa orden de la cual el hipnotizado no tenía conciencia alguna y sin embargo permanecía en su psiquismo aunque no en su conciencia ¿Dónde, pues?

En aquella época se utilizaban en las terapias psíquicas, la hipnosis, y por medio de ella, la sugestión. Ambas técnicas tan extrañas a la voluntad del paciente no convencían a Freud.

Siendo médico especialista en neurología, un colega y amigo con mucha más experiencia, el Doctor Breuer solicitó su opinión en relación a una paciente suya diagnosticada como histérica.

Dicha paciente se incorporaría a la historia del psicoanálisis bajo el nombre de Anna O.

Esta joven paciente bajo hipnosis hurgaba en la rememoración de vivencias vinculadas a la aparición de sus síntomas, y cuando esto ocurría y podía hablarlo, sus síntomas desaparecían o se modificaban. Pero además, fuera de la hipnosis, no era capaz de recordar dichas vivencias.

Ella misma comenzó a denominar a su terapia “cura de palabra” comparándola con la limpieza de una chimenea. La rememoración, además, para ser efectiva, debía ser acompañada de una intensa carga afectiva, produciendo al expresarla una auténtica catarsis.

Así nacería el método catártico que tanto Breuer como Freud utilizarían con sus pacientes histéricas, pero entre ambos, se estableció una diferencia. Freud decidió prescindir de la hipnosis, y lo consiguió, indicando a sus pacientes que se recostaran en un diván y colocándose él detrás y estimulando y luego escuchando con atención la rememoración de sus pacientes.

Anteriormente, ambos en 1893 habían publicado la comunicación preliminar *Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos* (Freud y Breuer, 1976). Comunicación que sería prontamente traducida al español al despertar mucho interés en el ámbito médico de diferentes ciudades españolas como Madrid, Granada y Barcelona. Pero también entre ambos surgirían otras diferencias por lo cual Freud continuaría en solitario su labor, publicando en 1895 su obra *Estudios sobre la histeria* (Freud, 1976a) y extendería dicho estudio a otras neurosis como la obsesiva y la fóbica. Lo común a todas ellas es que los síntomas serían el resultado de un conflicto psíquico entre una tendencia inconsciente y la conciencia.

Todo el periodo que se extiende hasta el comienzo del nuevo siglo constituye la prehistoria del psicoanálisis, y este término Freud lo utilizaría por primera vez en 1896 para definir el método que utilizaba en la clínica prescindiendo de la hipnosis y de la catarsis más puramente asociativo.

El método consistía, como ya lo mencioné, en lograr, utilizando un diván y con él una posición relajada del paciente, que este pudiera hablar con la mayor libertad posible y expresar asociaciones a través de la palabra. Esto le permitiría establecer vinculaciones entre ciertos acontecimientos de la vida de dichos pacientes y los sufrimientos y malestares que les aquejaban.

El relato de estas experiencias y sus conclusiones teóricas constituye el contenido de sus estudios sobre la histeria.

Pero además Freud utilizó el método asociativo para el análisis de sus propios sueños con la intención de interpretarlos, llegando en base a este trabajo a crear el primer modelo de funcionamiento psíquico.

Cuando tuvo que definir brevemente lo que era el psicoanálisis para la Enciclopedia Británica, consideró esencial el método para luego pasar a las técnicas de aplicación del mismo y en base a todas estas experiencias construir una teoría sobre el funcionamiento psíquico.

El gran paso de gigante fue universalizar el conocimiento adquirido sobre el funcionamiento psíquico de las neurosis, penetrando en el misterio de los sueños y, en particular, de sus propios sueños.

A fin de estudiar sus sueños, utilizó la metodología asociativa, base del psicoanálisis, por lo cual *La interpretación de los sueños* (Freud, 1976b) sería la gran obra inicial de su larga trayectoria. Freud no se detiene al descubrir que el sueño recordado solo es el contenido manifiesto del mismo y que del trabajo asociativo surgen otros elementos que forman en conjunto su contenido latente. Después de transcribir el análisis de un enorme número de sus sueños, se dedica a reconstruir el trabajo psíquico productor del sueño.

Diferencia la elaboración primaria del sueño de su elaboración secundaria, inconscientes ambas en su mayor parte, pero la elaboración secundaria está más próxima a la consciencia, y es la que posibilita que al despertar el sueño pueda ser recordado, no solo en sus imágenes visuales sino pudiendo utilizar palabras para describirlas, aunque no logremos que esa versión verbal sea completa.

Esto lo conduce al capítulo séptimo de *La interpretación de los sueños* (Freud, 1976b) en el cual va a aparecer su primer modelo de funcionamiento psíquico. Una primera tópica constituida por instancias o sistemas que mantienen entre ellas una orientación espacial constante y a partir de un extremo perceptivo hasta el otro extremo motor, y entre ambos extremos se encuentra el sistema que guarda las huellas mnémicas; cuya función es la memoria y es inconsciente.

Entre el extremo P (perceptivo) y el extremo M (motor), se intercala otro sistema constituido por palabras al que se denomina preconscious. Las huellas mnémicas que llegan a él luego de atravesar una barrera que funciona como una censura, adquieren la capacidad de hacerse conscientes, constituyendo los recuerdos a los cuales con mayor o menor esfuerzo psíquico podemos acceder. Para adquirir esa capacidad, es indispensable que la representación-cosa sustentada en huellas perceptivas que se movilizan con una energía pulsional, se transforme en representaciones-palabra. Estas últimas serán incorporadas al psiquismo en base a las palabras que oyen en su entorno y en particular las que le son dirigidas (ver figura y tabla 1).

Muchos creen que los bebés antes de hablar no entienden lo que se les dice y solo captan los gestos y, consecuentemente, con esta falsa idea no se les habla. Lo sorpresivo será para ellos cuando el bebé pasa a ser un infante y empieza a utilizar el lenguaje que ha ido incorporando previamente.

La llamada primera tópica del psiquismo comprende un espacio inconsciente que parte del polo perceptivo, y un espacio preconscious, en el cual, las huellas visuales serían sustituidas por representaciones palabra, lo cual culmina en el extremo consciente. Un poco más adelante se podrá ver el esquema correspondiente (ver figura y tabla 1).

En el psiquismo, toda representación se acompaña de una energía que la pone en movimiento.

Al conjunto de esa energía psíquica le llamamos “pulsión”. El concepto de pulsión siendo básico, Freud hace notar que no está aún muy definido y cuando se concentra en su estudio comienza por establecer que toda pulsión tiene una fuente que puede ser somática y una carga de excitación que la moviliza hacia su meta, que es la satisfacción.

La fuente de la pulsión puede ser una necesidad del organismo como la sed o el hambre, y en este caso se producirían pulsiones de auto conservación, que las diferencia de otras pulsiones nacidas de zonas erógenas y que constituyen las llamadas pulsiones sexuales.

Ejemplifiquemos:

El hambre de la criatura se calma con la ingestión de leche necesaria para la auto- conservación de la vida, pero no es lo mismo que se le suministre por un tubo o que la obtenga en contacto intenso con otro ser humano, como es mamando del pecho de su madre, pero también, cuando otra persona le suministra un biberón, teniendo sentimientos afectivos, porque desea fuertemente proporcionar satisfacción a ese bebé. En este último caso se ponen en juego las pulsiones sexuales, que en su sentido más amplio nacen de una disposición general del ser humano ligada a su nacimiento cuando aún no está maduro para valerse por sí mismo, y su subsistencia está estrechamente vinculada a otros seres humanos que le atienden y le satisfacen.

Freud va más allá de las descripciones que centraban el interés de los sexólogos de su época y se adentra en la esencia de la sexualidad y el valor que tiene en toda actividad humana.

De la idea simplista más difundida que asocia la sexualidad exclusivamente a actos en los que intervienen los órganos sexuales, Freud, en cambio, tiene una concepción mucho más amplia de la sexualidad. No la limita a los órganos sexuales y la extiende desde el principio de la vida y, sobre todo, le otorga un lugar muy destacado a las fantasías muy ligadas a esa psicosexualidad en las cuales se anticipan las situaciones en las que se ha producido una vivencia de satisfacción, que comienzan mucho antes de haberse alcanzado un desarrollo sexual hormonal y físico completo.

También adopta la idea de una tendencia bisexual original de la existencia, de la cual poco a poco se irá definiendo la tendencia dominante masculina o femenina y progresivamente, con ella, la identidad correspondiente.

Anteriormente Freud desarrolló muchos ejemplos que configuraron lo que denominó *La psicopatología de la vida cotidiana* (Freud, 1976c), que constituye la totalidad del tomo sexto de la edición de Amorrortu de sus obras completas. A través de este estudio, incluso aquellas personas que no recuerdan sus sueños y que a veces hasta afirman que no sueñan, pueden reconocerse en alguno de esos ejemplos cotidianos. Por ejemplo, los olvidos inesperados de nombres propios que habitualmente recordábamos sin dificultad alguna, pero también podemos de pronto tener recuerdos muy intensos de un momento determinado de nuestra infancia, a los que Freud llama “recuerdos encubridores”. En realidad, son más bien reveladores de aspectos importantes de toda nuestra infancia, siempre y cuando sean analizados y se pueda acceder así a su significación profunda. También se recogen otros ejemplos como son los deslices al hablar o lapsus linguae, que no son simplemente equivocaciones, sino, a través de ellos emerge involuntariamente algo reprimido. Por ejemplo, alguien que quiere ocultar su bonanza económica, pero al hablar y, queriendo usar la palabra prudente, por equivocación usa la palabra pudiente, que es lo que quiere ocultar y al mismo hablante le sorprende porque ese desliz es ajeno a su voluntad

consciente pero revelador de lo que realmente siente.

Freud establece dos principios opuestos entre sí que rigen el funcionamiento psíquico, como son: el principio del placer, encarnado en la vivencia de satisfacción y; el principio de realidad, que introduce transformaciones en aras de adecuaciones más convenientes a las circunstancias. Tendrán que pasar muchos años para que se introduzca en *Más allá del principio del placer* (Freud, 1976s). *Más allá del principio del placer* (Freud, 1976r).

El objetivo del presente trabajo no es seguir una cronología estricta de los artículos que constituyen el conjunto de la obra freudiana, sino narrativamente incluir secuencias vitales que permitan entender e ir asimilando los fundamentos de la teoría psicoanalítica con la ayuda en algunos casos de ejemplos y esquemas.

Nos detendremos ahora en el esquema lineal a través del cual se representa un primer modelo de funcionamiento psíquico, que recibió el nombre de primera tópica. Se compone de tres instancias: inconsciente, preconscious y consciente; que se extienden desde un extremo perceptivo (P) hasta un extremo motor (M) (ver figura y tabla 1).



Figura 1. Primera tópica de Freud

Tabla 1. Primera tópica de Freud

INCONSCIENTE	PRECONSCIENTE	CONSCIENTE
Huellas mnémicas	Representaciones de palabra	de Elaboración de pensamientos, juicios, sentimientos...

Lo que percibimos se registra en principio como huellas, en general, visuales; estas huellas constan de un elemento figurativo y de una carga de excitación que es esencial, pues toda percepción registrada se acompaña de una afectividad muy primaria, más bien de tipo emocional y que demanda una respuesta acorde, la cual exige una nominación en palabras y, con ello, un cierto reconocimiento.

Para acceder a la nominación deberá pasar al sistema siguiente, al preconsciente, lo cual implica atravesar una barrera, que Freud denomina *barrera de la represión*. Pues todo lo que no atraviesa esa barrera quedaría reprimido hasta que con el desarrollo psíquico pueda avanzar en dirección a la consciencia, adquiriendo previamente en el preconsciente la nominación indispensable.

Aunque no reconozcamos aquello con lo que nos encontramos en la vida, si se conecta con alguna de esas huellas, adquirirá algún grado, aunque sea mínimo, de "familiaridad", la suficiente para no provocar horror y desestabilizar nuestro sistema psíquico.

Lo que carece de esa familiaridad se vivenciará como ominoso o siniestro y ocupará el interés freudiano en un artículo de 1919 muy recomendable (Freud, 1976r), cuyo título se ha traducido como *Lo ominoso*, *Lo siniestro* o *Lo sobrecogedor*, según las distintas traducciones

Freud desarrolla esta situación extrema no familiar o *unheimlich* en su acepción original con muchos más elementos en dicho artículo, en el cual explica este efecto al reactivarse huellas reprimidas que han constituido fantasmas inconscientes, los cuales pueden emerger imprevistamente produciendo ese sentimiento de horror inexplicable.

Esta sensación se considera una regresión involuntaria, que es el mecanismo básico del proceso del sueño, pero que si ocurre cuando uno está despierto, puede producir ese efecto siniestro.

Esto es posible durante el dormir porque disminuye la corriente continua que circula desde el extremo psíquico hasta el extremo motor y esto favorece la regresión que reaviva las imágenes visuales inconscientes, las cuales adquieren una condición alucinatoria propia del sueño.

El sueño, como ya lo consideró Aristóteles no es patológico, sería el "pensar" que se produce mientras dormimos. Cuando estamos despiertos pensamos conscientemente, pero también fantaseamos cuando movilizamos nuestros deseos e imaginamos su satisfacción.

Los deseos inconscientes, dice Freud a lo largo de su obra, (Freud 1976c), son inmortales, proceden de etapas infantiles que permanecen en su figuración primitiva reprimidos pero han dado lugar a través de diversas transformaciones a lo largo del desarrollo a todas las variantes del lenguaje y del pensamiento.

Si los estímulos perceptivos se descargaran inmediatamente como actos motores constituirían un acto reflejo. El modelo de la primera tópica demuestra que el funcionamiento psíquico es más complejo, que no es un acto reflejo, pues incluye la represión, la cual determina que no todas las percepciones que se registran como huellas atraviesen esa barrera y se unan al lenguaje verbal. Si no atraviesan la barrera, quedan inscriptas en el psiquismo como una memoria inconsciente que tiene una gran movilidad y una dinámica propia, buscando de alguna manera emerger. Si lo logran se pueden poner en contacto con las palabras y, de esta manera, constituir

un conocimiento consciente y, además, en el extremo motor pueden emitirse acompañados de sonoridad como lenguaje verbal con expresiones afectivas.

Hay que tener en cuenta que este esquema apareció en el libro de Freud (Freud, 1976b) sobre los sueños, permitiéndole explicar el mecanismo de la formación del sueño.

El siguiente paso fue ampliar el estudio de ese modelo en los trabajos que denominó “metapsicológicos” (Freud, 1976p) entre los cuales incluyó un desarrollo del concepto de inconsciente y de represión e introdujo la cuestión de las pulsiones y sus destinos. Pero Freud no se limitó a este nivel teórico, sino que comenzó a aplicar la metodología asociativa en la clínica en el tratamiento de las neurosis. Surgieron así sus principales historiales clínicos como el del “pequeño Hans” que padecía de fobias (Freud, 1976g) y que Freud estudió a través del material proporcionado por su padre, también escribió otro historial sobre un caso de neurosis obsesiva al que el trató y que pasó a la historia del psicoanálisis con la denominación de “el hombre de las ratas” (Freud, 1976h).

Por otra parte, Freud había comenzado a analizar diversos temas provenientes del campo de la cultura. Nos encontramos con su estudio sobre *El chiste y la relación con el inconsciente* (Freud, 1976d), con *El recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (Freud, 1976i) y *El creador literario y el fantaseo* (1907, Freud, 1976e) y otros sobre la escultura de *Moisés de Miguel Ángel* (Freud, 1976n).

Está claro que Freud, manteniendo su condición de investigador científico sobre el funcionamiento psíquico y de psicoanalista clínico, buscaba afanosamente con el psicoanálisis un instrumento capaz de indagar en el conocimiento y el tratamiento de las neurosis, pero también en muy diferentes aspectos de la cultura.

Entre los trabajos de metapsicología, Freud habría escrito un trabajo sobre la sublimación, concepto crucial según el cual un destino de las pulsiones sexuales podría ser una transformación que produce actos creativos en el plano artístico o intelectual. Dicho trabajo no se publicó, pero sí en cambio aparecieron en su obra ejemplos muy ilustrativos del mismo, como fueron sus artículos ya mencionados de creadores como Leonardo Da Vinci (Freud, 1976i) o Miguel Ángel (Freud 1976n), entre otros

Poco a poco, se va aproximando a su *Introducción al narcisismo* (Freud, 1976o) que marca un giro fundamental en su obra, dando lugar a su segunda gran ola de descubrimientos.

El término *narcisismo* surge del mito de Narciso, aquel que fascinado por el reflejo de su propia imagen en las aguas, se sumerge y se ahoga en ellas a consecuencia de una atracción irresistible que ejerce sobre él y que no le permite percibir la realidad y sus riesgos. Estaba sin saberlo enamorado de sí mismo, y esto lo arrastra a confundirse con esa imagen idealizada.

Un logro fundamental para el ser humano será pasar de ese narcisismo primordial a poder conectar con otros seres diferentes, reconocidos como tales en su alteridad, aunque en el enamoramiento súbito puede creer que ha encontrado a su ideal con ningún o muy poco reconocimiento de que ese otro es un ser diferente.

Junto con el narcisismo hace su aparición el *Yo* en la teoría, anticipando la instancia central de lo que se denominaría *segunda tópica*. El *Yo* ocuparía en relación a la primera tópica el espacio de preconscious/consciente. Lo guiara también en sus observaciones sobre la psicosis, en

particular, sobre los delirios megalómanos en el estudio basado en la transición hacia la psicosis del juez Schreber (Freud, 1976j). Al mismo tiempo, reconoce la existencia de una libido del *Yo*, de la cual se desprende una *libido objetal*.

El hecho de que todo ser humano nazca inmaduro y necesite del cuidado de otro ser para sobrevivir, de otro ser que tendrá que “amarlo”, a partir de lo cual se constituirá en el recién nacido un *Yo* cargado de libido, por supuesto, narcisista, un *Yo ideal*, a partir de la cual se irán estableciendo sus primeras relaciones con el mundo exterior, aunque en un principio no lo diferencie de sí mismo. Progresivamente lo irá haciendo antes de lo cual el *Yo ideal* representa algo así como “todo soy yo”.

Para ilustrar el comienzo de este proceso introduce la expresión “His majesty the baby” resultante de la proyección del narcisismo en el bebe que ha de ser atendido. El *Yo* se constituye se constituye así en base a ese *narcisismo primario*. El aparente amor objetal que despierta en el adulto ese recién nacido se nutre de un renacimiento del propio narcisismo.

Posteriormente, Lacan en 1949 (Lacan, 2009) ejemplificó el narcisismo primario en el momento en el cual él bebe de alrededor de unos ocho meses capta con mucha alegría su imagen en el espejo, estando en brazos de su madre o de quien le observa cariñosamente.

Freud avanza decididamente a partir del hallazgo del narcisismo en todo lo que respecta al hombre despierto hacia el núcleo fundamental de sus relaciones consigo mismo, con su imagen y, poco a poco, con lo que va a ir constituyendo su mundo interno, su subjetividad.

En 1914 comienza la Primera Guerra Mundial. Los hijos varones de Freud: Oliver, Martin, Ernest serán movilizados pero retornarán indemnes, pero será una de sus tres hijas, Sophie, y el hijo pequeño de ella, Heinele, las personas que sufrirán las consecuencias de esa guerra: morirán víctimas de una devastadora epidemia de lo que curiosamente se denominó gripe española, por supuesto, no era española ni tampoco era una gripe, sino una infección mortífera. Este fue tal vez el más doloroso momento en la vida de Freud (Gay, 1989).

Previamente, sin sospechar siquiera este acontecimiento, Freud había escrito un artículo sobre *Duelo y melancolía* (Freud, 1976q) y se había atrevido a asomarse al “provocativo misterio de la psicosis” que en su forma paranoica le ofrecían, como ya dijimos, *Las memorias autobiográficas del juez Schreber* (Freud, 1976j). Se llevó ese texto a sus vacaciones a Italia en 1910 y elaboró un trabajo sobre ese caso, detectando una regresión al narcisismo infantil, lo cual en su forma más extrema puede llevar a una psicosis. Cuando había terminado su labor en torno a Schreber y estaba analizando a un joven aristócrata ruso, Freud redactó un historial basado en ese análisis y que al girar sobre todo en torno a una pesadilla en la cual aparecían unos lobos amenazantes, lo denominó “el hombre de los lobos”, pero este importante historial recién lo publicaría después de la guerra.

Entre 1911 y 1915 Freud (Freud, 1976m) había publicado sus escritos técnicos, en los cuales describe su modalidad de trabajo clínico, sin pretender imponerlo como regla para todos, pues acepta las inevitables variaciones personales, pero establece algunos principios técnicos importantes, entre ellos, el concepto de *transferencia*.

La *transferencia*, en la práctica clínica, se define como el conjunto de sentimientos, tanto

afectivos como hostiles que el paciente experimenta hacia su terapeuta, proveniente de sus relaciones más primarias y se vinculan con las expectativas que surgen respecto de la ayuda que el paciente espera recibir en una situación personal de sufrimiento y relativo desamparo, a veces asociado a distintos grados de curiosidad o a la ambición de convertirse también en psicoanalistas.

En principio Freud la consideró una perturbación respecto al interés que el tratamiento despierta en el paciente en relación al conocimiento de sí mismo.

Una de las tareas del psicoanalista será descubrir la transferencia, reconocerla e interpretarla, pero esto último solo cuando sea indispensable para favorecer la marcha del tratamiento.

Lo más conveniente es lograr una transferencia positiva sublimada que se una a esa otra modalidad transferencial que no recae sobre el objeto sino en el pasaje de las pulsiones a las palabras, favoreciendo el pensamiento y la asociación libre.

Lo que más le importaba a Freud era no manipular la transferencia como un instrumento de sugestión sobre el paciente, porque esto lo aparta del proceso analítico.

Fue André Green (Green 2003) quien aclaró mejor la diferencia entre la transferencia objetal y la transferencia que se produce desde el juego pulsional a la verbalización.

Los escritos técnicos (1912-1916) de Freud culminan una primera etapa de grandes descubrimientos, introduciendo la técnica en esa triada, en la cual ocupa el lugar intermedio entre el método y la teoría.

El psicoanálisis es esa triada, un método del cual derivan distintas técnicas y una teoría resultante de dicha práctica.

La primera etapa técnica se puede rastrear a partir de sus *Estudios sobre la histeria* (Freud, 1976a) que pueden ser más bien consideradas como un preámbulo del verdadero comienzo que se producirá con la *Interpretación de los sueños* (Freud, 1976b). Este título marcará mucho la historia del psicoanálisis, ya que su título podía haber sido *Psicoanálisis de los sueños*, pero el término *interpretación* introducido en ese título, la convierte a la misma en algo fundamental hasta que Freud casi al final de su obra aclara esta cuestión. No es la interpretación lo más importante sino que lo es el proceso analítico en su conjunto.

Freud, en medio del duelo por la muerte de su padre, analizando sus sueños, buscaba un sentido oculto. Sin embargo, fue mucho más allá porque, en base al estudio de los sueños, pudo explicar el funcionamiento psíquico y con él crear su primer modelo, *la primera tópica*.

Por la enorme importancia y la gran difusión que tuvo el libro de los sueños, se llegó a reducir al psicoanálisis a la interpretación. Esto es sobre todo válido en el caso de los fenómenos puntuales que forman parte de la psicopatología de la vida cotidiana, como por ejemplo, olvidos, lapsus verbales, etcétera pero, en otros casos, la actividad interpretativa excesiva puede provocar cierres prematuros y limitar la libertad asociativa y la capacidad de elaboración del pensamiento, como Freud lo reconoce claramente en sus *Construcciones en el análisis* (Freud, 1976c bis), su última contribución a la técnica. Al final de esta obra reconoce que el trabajo psicoanalítico es

una tarea de dos, con el objetivo de construir o reconstruir una historia subjetiva auténtica y que la interpretación debe limitarse a fenómenos puntuales, en los cuales algo inconsciente irrumpe de forma involuntaria y evidente en el curso del relato del paciente.

En todo el transcurso de aquella Primera Guerra Mundial, Freud no dejó de escribir, demostrando que el psicoanálisis no es solo una teoría del psiquismo ni una modalidad de tratamiento de trastornos psíquicos, sino un instrumento extraordinario para abordar las más diversas cuestiones en las cuales intervienen seres humanos.

El psicoanálisis mismo es una creación humana, pero no solo proveniente de Freud sino del conjunto de sus pacientes, colaboradores, discípulos, críticos, continuadores, pertenecientes a su mismo ámbito o a otras disciplinas.

Es indispensable, al estudiar la obra freudiana, contextualizarla, es decir, situarla no solo en un momento determinado de su vida ni de su obra, sino de lo que ocurre en el mundo en el cual habita.

Se suele extender su “primera gran ola de descubrimientos” desde el comienzo del siglo XX con *La interpretación de los sueños* hasta todos sus trabajos escritos durante la Primera Guerra Mundial.

Si hubiera terminado su vida junto con aquella guerra, la obra que nos hubiera dejado sería ya muy valiosa para quienes deseaban seguir su camino. Afortunadamente, produciría mucho más. La posguerra marca el comienzo de su “segunda gran ola de descubrimientos” no ajenos a su etapa anterior pero, en la cual, la agresividad humana ocuparía un lugar mucho más importante que en su etapa anterior.

Con el narcisismo (Freud, 1976) había aparecido el ideal en sus dos facetas, la del *Yo ideal* y la del *ideal del Yo* y con su estudio de la melancolía se comienza a esbozar una instancia que juzga y castiga precisamente todo aquello que se aparta del ideal orientativo. Se va instalando así el concepto de *Superyó* junto al de *ideal del Yo* y con él se completa el modelo de la segunda tópica.

Así como el *Yo* ocuparía el espacio del preconscious-consciente de la primera tópica, de ese *Yo* se desprendería un *Superyó*, ambos en su mayor parte inconscientes y lo que en la primera tópica era el inconsciente, sin dejar de serlo, será mucho más todo aquello que no soy yo, y así lo rebautizará como el *Ello*, conectado también con el *Superyó*. Los límites entre las instancias son mucho menos definidos y las interrelaciones más complejas. El psiquismo en esta segunda tópica será pues, Yo, Superyó y Ello (ver figura 2).

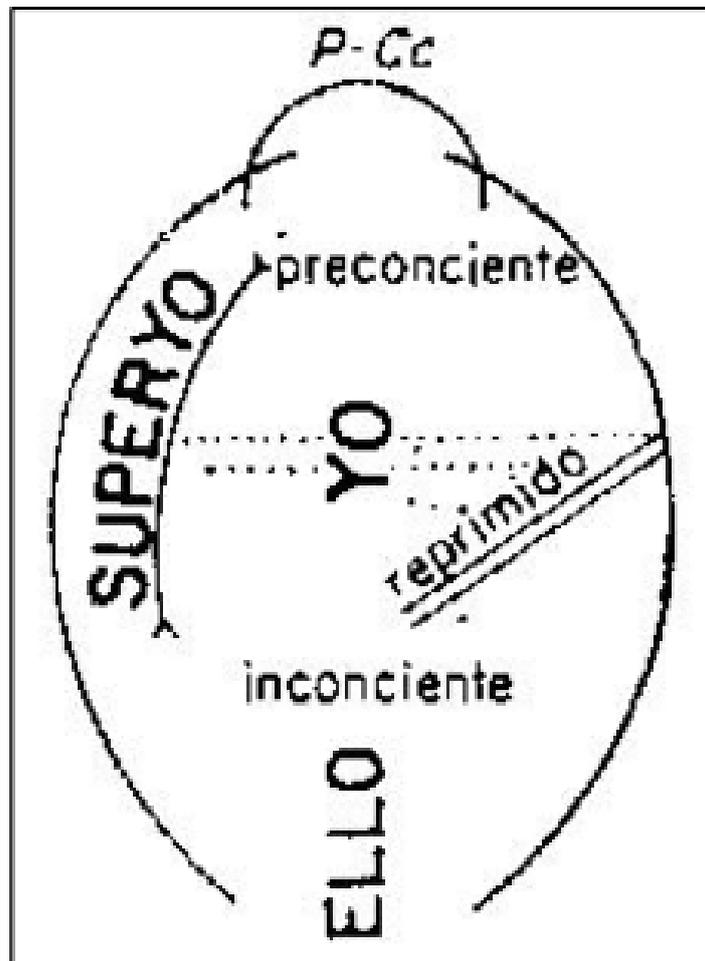


Figura 2. Segunda tópica de S. Freud

El *Yo* contiene la historia de todas las elecciones de objeto, todas las funciones del sistema consciente y preconsciente de la primera tópica. Se apodera del complejo de Edipo (el conjunto de relaciones ambivalentes con sus progenitores) y lo que no logra dominar retornará a través del ideal del *Yo/Superyó*.

El *Yo* es a la vez potente en su labor ejecutiva pero endeble en su triple servidumbre: la que mantiene con el mundo exterior, con el *Ello* y con el *Superyó*. Es como un jinete que tiene que

conducir a un caballo poseído de la fuerza procedente de la energía pulsional del *Ello*. Pero que no puede prescindir ni de las exigencias ni de las limitaciones que le impone el *Superyó*, el cual está enraizado la consciencia moral recibida de sus antecesores y de su entorno.

Se enfrenta al *Yo* como abogado del *Ello* y puede ser tan cruel para el *Yo* como el *Ello*. El *Yo* para funcionar necesita ser aprobado por el *Superyó*, contribuyendo a regular una armonía que es la base de la autoestima.

En la neurosis obsesiva y en la melancolía, el *Yo* sufre el castigo del *Superyó*. El *Yo* lleva un casquete auditivo, los delirios suelen ser predominantemente auditivos. Le invaden ruidos molestos que no le permiten desarrollar su capacidad racional. Esos “ruidos” provienen de otros que no soy *Yo*, que se divierten, disfrutan y, a la vez, son equivalentes a las pasiones incontenibles del *Ello* a las cuales no se pueden encauzar. Todo lo corporal tiene un influjo fuerte sobre el *Yo*. El trabajo analítico debería lograr hacer al *Yo* algo más independiente del *Yo*, pero además incrementar el campo de percepción y su organización para poder apropiarse de más fragmentos del *Ello*. *Donde Ello era, el Yo debe devenir* con la mayor autonomía posible.

Una obra anterior de gran envergadura fue *Más allá del principio del placer* (Freud, 1976s). En la primera etapa había publicado *Los dos principios del suceder psíquico* (Freud, 1976k) que eran, el principio del placer y el principio de realidad.

Lo que propondría en ese nuevo trabajo, a través de la existencia de ese más allá, en esa desesperada búsqueda del placer máximo, el goce absoluto, es llevar la tensión a cero y, por lo tanto, a la muerte psíquica. En consecuencia, aparece así en la obra de Freud la idea de la *pulsión de muerte*.

Freud había investigado la sexualidad y la había concebido como una psicosexualidad y esto era una idea revolucionaria al situar su existencia desde la infancia. A la energía implicada en esta sexualidad la llamó *libido* y describió una *libido objetal* y una *libido yoica* y, a través de esta última, introduce el concepto de *narcisismo*.

La *libido objetal* puede retirarse de los objetos manteniendo una representación interna de estos total o parcial, lo cual es la base de la vida subjetiva, o bien puede abandonar toda relación externa e interna con los objetos, aislarse del mundo hasta el extremo de perder su vida psíquica, su mundo interno, en lugar del cual queda un gran vacío y una caída de pulsiones vitales.

Lo que actúa en este último caso es lo que se denomina *pulsión de muerte*, que toma el poder absoluto si no tiene el contrapeso de las pulsiones vitales. Otros autores, posteriormente prefirieron usar el término *pulsión destructiva*. Sin llegar a este extremo, las pulsiones, mientras se mantengan en un nivel agresivo pero no destructivo, son necesarias para la vida.

El mismo Freud había comprobado la destructividad desatada en gran escala en una guerra y en otras formas de violencia, pero también había comprobado que, aunque habiendo sufrido heridas, se puede sobrevivir aun con más fuerza y lucidez, siempre y cuando las pulsiones vitales subsistan.

Las pulsiones agresivas son necesarias, por una parte, para poder mantener la organización psíquica, rechazando todo aquello que puede provocarle descontrol y favoreciendo a la vez el desarrollo de la capacidad de elección: si todo es igualmente bueno no podemos evaluar lo que es más afín, más conveniente para nosotros ni tampoco lo que ejerce una atracción maligna, lo que

nos arrastra hacia donde no deseamos ir y dónde podemos perder nuestra individualidad, nuestro criterio personal en pos de una supuesta gran causa o de un líder muy idealizado. Así nacen los totalitarismos.

En base a un *Yo primario*, ese primer Yo que se constituye desde el nacimiento mientras se es receptor de un cierto “amor” por parte de las personas más cercanas, que ha de alguna manera “idealizado” a ese recién nacido, otorgándole un nombre y ha volcado en él expectativas, aunque sean mínimas, de que este nuevo ser pueda realizar lo que los progenitores no pudieron.

El psicoanálisis no es una teoría cerrada, sino como lo definió el mismo Freud, en primer lugar, es un método que se puede utilizar a través de diversas técnicas y, a partir de los resultados obtenidos, se va construyendo una teoría. Muchas veces se piensa lo contrario, se piensa que el psicoanálisis es una teoría, cuyos principales postulados hay que asumir en cualquiera de las prácticas que se llevan a cabo, a partir del conocimiento de esa teoría.

Por supuesto que es importante estudiar lo que ya ha sido teorizado, pero esto solo no va a ser válido si no se ha pasado por una experiencia personal por la cual se ha experimentado la metodología a través, por ejemplo, de un psicoanálisis individual. Se estudia pues desde una perspectiva muy personal.

Un tratamiento psicoanalítico puede fracasar, como ocurre con otros tratamientos, si no hay una buena sintonía personal entre paciente y terapeuta, así como si esta existe puede dar excelentes resultados en poco tiempo.

Con frecuencia se confunde un análisis o, mejor dicho, una tentativa de análisis frustrante con la idea de fracaso de psicoanálisis cuando en realidad está más vinculada con la elección del analista.

Ya vimos como Freud pasaría del estudio de las neurosis a dar validez universal a su descubrimiento del inconsciente productor de síntomas extendiendo sus estudios a los sueños, a los trastornos sexuales o a los de la vida cotidiana, a los chistes o a los recuerdos infantiles, incluyendo los de los grandes genios.

Describió con todo detalle varios historiales clínicos, casi todos ellos casos singulares que él mismo había directamente o a través de relatos pormenorizados de un padre, como en el caso del pequeño Hans, o investigó por medio de sus memorias autobiográficas, como fue el caso del juez Schreber.

El gran salto lo dará en 1921 cuando publicó *Psicología de las masas y análisis del Yo* (Freud, 1976t). Parece ser que desde un par de años antes había pensado en ese texto. El contexto era en su país, Austria, el clima de la posguerra con graves penurias económicas y una gran agitación social, provocada por las repercusiones de la Revolución Rusa de 1917 y de otros movimientos violentos.

En ese mismo año 1921, Benito Mussolini, en Italia, inauguraba a partir del socialismo, el movimiento fascista y emprendería con sus seguidores la marcha sobre Roma. Aún no había comenzado a realizarse los actos multitudinarios, en los cuales los líderes de extrema derecha o extrema izquierda dirigirían proclamas incendiarias, llenas de odio, pero estaban muy próximas a producirse.

Freud se interesó por los fenómenos psíquicos que se producen en los individuos cuando forman parte de una masa, siguiendo a dos autores precedentes: a *Le Bon en La Psychologie des foules* escrita originariamente en 1895 (Le Bon 1981) y a William McDougall en su obra *The Group Mind* escrita en 1920 (MCDougall, 1973) dos textos pertenecientes a la naciente psicología social.

Partiendo de sus ideas sobre la sugestión recíproca y la emergencia de lo más irracional y acríptico e impulsivo, Freud aportaría la importancia del vínculo con el líder o los líderes idealizados.

La identificación con lo que ellos representan en particular en momentos de crisis social para personas con pérdida de autoestima, contribuyendo a que muchas de esas personas crean recuperarla, adhiriéndose masivamente a las causas que esos líderes sustentan. La sumisión puede ser tal que Freud consideró que el vínculo hipnótico sería una masa de dos.

Se permuta así el *ideal del Yo* personal por una ilusión colectiva, que aparentemente suprime el desamparo, la incertidumbre y el vacío, pero oculta al mismo tiempo el masoquismo. Por otro lado, la pulsión agresiva se vuelca hacia todo aquel que parece dificultar o se opone a esa ilusión, a ese autoengaño colectivo.

Toda persona se desarrolla a través de múltiples identificaciones, reducirlas a la ficción de una identidad homogénea suele acompañarse de racismo y xenofobia, como ocurre con los nacionalismos.

Según Slavoj Zizek (Zizek, 1998) se produciría la conjunción perversa entre el *Ello* y el *Superyó* a expensa del *Yo*.

El mismo Freud, en su colaboración posterior para una biografía del Presidente Wilson, introduce el concepto de ideal del Superyó, rescatado por la autora de este libro (Elman Schutt, 2005), que en los casos descritos sustituiría al *ideal del Yo*, con gran incremento de omnipotencia, negación de la realidad y una potenciación del odio hacia el que considera enemigo.

El fenómeno de masas que tuvo su auge en el siglo XIX junto con las ideologías revolucionarias, adquiere en la actualidad nuevas formas más pacíficas como la asistencia a espectáculos masivos, musicales o deportivos y otras, relacionadas con los avances tecnológicos, como son la participación en redes sociales.

En ese mismo texto de Freud (Freud 1976t) que comentamos, *Psicología de las masas y análisis del Yo*, analiza también el funcionamiento de instituciones como la iglesia y el ejército, dando sin duda un gran impulso a la psicología social aún incipiente.

Es una metodología incorporada a través de un análisis y una formación personal que se puede utilizar como un instrumento muy útil y muy apto para estudiar diversas problemáticas de los seres humanos.

Pocos conocen como se empleó después de la Segunda Guerra Mundial por parte de los ocupantes anglosajones en la nación vencida: Alemania, para conseguir a través de entrevistas, seleccionar a aquellos alemanes que podrían ocupar algunos cargos, excluyendo a los que no admitían ninguna responsabilidad o culpa por haber intervenido o apoyado acciones criminales,

sino que atribuían su participación o su complicidad a la obediencia debida. Esto se relata en un libro escrito en 1951 por Roger Money-Kyrle (Money-Kyrle, 1985) denominado *Psychanalyse et horizons politiques*. Los que realizaron esas entrevistas no eran psicoanalistas, pero estaban supervisados desde una perspectiva psicoanalítica.

Globalmente el psicoanálisis no es una teoría especulativa, sino que está construida y evoluciona sobre todo en base a observaciones clínicas. Esto se corresponde con el conocimiento de cómo la pulsión de saber en el niño es una modificación de la pulsión originaria de apoderamiento, cuando en sus primeros meses se lleva todo a la boca, literalmente desea comerlo no si antes destruirlo con sus primeros dientes, que son como sus primeras armas.

Más adelante, cuando ya utiliza el lenguaje verbal, construye sus primeras teorías sobre todo aquello que más le concierne y le interesa, son las llamadas por Freud *teorías sexuales infantiles* (Freud, 1976f) que le acercan pero también le alejan de una realidad que aún no quieren aceptar.

Un ejemplo es el siguiente: un niño pequeño le pregunta a su madre embarazada, que intenta explicarle que va a tener un hermanito, “¿Cómo es que se produjo ese embarazo?”, la madre esquemáticamente trata de explicarle cómo se produce la fecundación, consecutiva a un acto en el que interviene también su padre. El niño reduce entonces su deseo de saber a lo que puede asimilar y pregunta “Bueno, ¿Pero cuántos besos de papá fueron necesarios para que tú puedas tener otro niño?”. La madre ha sobrevalorado la capacidad del niño para entender un sentido que va más allá de lo que el niño ha experimentado: dar o recibir besos.

Precisamente, la búsqueda del sentido, es lo que movilizó más a Freud para entender cómo se producen en principio los síntomas neuróticos, luego buscó el sentido de los sueños y progresivamente, se propuso comprender todo lo que produce psíquicamente el ser humano.

Tuvo conciencia de que para encontrar el sentido a través del análisis, hace falta un trabajo asociativo que sobrepase la frontera de lo aparente, de lo inmediato, que vaya un poco más allá, pero tampoco sugerir que se pueda llegar al fondo, a lo más inconsciente como si fuese algo que está a nuestro alcance fácilmente, regresando de este modo al nivel de la pulsión de apoderamiento, que en un adulto podría tomar la forma de una paranoia, es decir, de desconfiar totalmente de lo que percibe y solo guiarse por lo que siente o interpreta.

Todo eso sería como una caricatura de una actitud psicoanalítica sobreinterpretativa, que es lo que despierta mucho temor y las mayores resistencias respecto al psicoanálisis.

Volvamos a la historia del psicoanálisis freudiano. El período de entreguerras verá aparecer sucesivamente en 1920, 1921 y 1923 tres grandes obras freudianas: *Más allá del principio del placer* (Freud, 1976s), *Psicología de las masas* (Freud, 1976t) y *El yo y el ello* (Freud, 1976u), respectivamente.

¿Qué es el más allá del principio del placer? Freud había considerado años antes el principio del placer junto al principio de realidad como los dos grandes principios del suceder psíquico. El *más allá* introduce la mayor abstracción del pensamiento freudiano: la pulsión de muerte, denominación muy controvertida pero aceptada como tendencia tanática en contraposición a la pulsión de vida, *Eros versus Tánatos*.

La pulsión propiamente dicha sería tanática debido a su búsqueda inmediata de descarga a



cualquier precio. La simbolización que aporta el eros libidinal transforma la simple descarga en un acto “creativo”.

Lo genial es como Freud en una obra tan densa y compleja utiliza como ejemplo la observación del juego de su pequeño nieto de 18 meses. ¿En qué consiste dicho juego? Ante la partida de su madre, el niño logra sin sentirse desolado ni echar a llorar, simbolizar esa partida, acompañándose de esta manera: desplaza un carrito hacia afuera de la cuna pronunciando el fonema “fort” (fuera) para luego atraerlo hacia él pronunciando el fonema “da” (aquí está). A través del juego domina la situación siendo él mismo el que aleja y acerca la representación de su madre. La capacidad manual y verbal que ha adquirido posibilita al niño el disfrute de ese juego.

La pulsión suministra la energía y el psiquismo del pequeño la elaboración necesaria para poder oponer a la angustia y al desasosiego que le conducirían a un acto agresivo e inútil una actitud que le proporciona satisfacción y bienestar.

La capacidad del abuelo Freud de teorizar mediante la interpretación de ese juego es equivalente a lo que el mismo Freud ponía en práctica con sus pacientes, escuchando, observando y ayudando así a transformar en reconocimientos y actos útiles malestares diversos. Podemos especular con la idea de que el niño no se sentía tan abandonado, en virtud de la presencia aunque algo alejado en el espacio de su abuelo, funcionando éste como en un tratamiento lo hace el psicoanalista, estando presente y atento y estimulando la expresión verbal del paciente. Pero además, sin apelar a estas experiencias, el psicoanálisis no tendría sentido vital. Un analista mudo, impasible y poco comprometido es tan negativo para el proceso psicoanalítico como el muy locuaz e intervencionista. En ambos casos, se menoscaba la experiencia esencial para confirmar, revisar o renovar la teoría en base a la cual trabaja cada psicoanalista, suministrando además el aporte indispensable para mantener vivo el psicoanálisis.

En un trabajo previo perteneciente a sus escritos técnicos titulado *Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis)* (Freud 1976l) había introducido el concepto de la compulsión a la repetición. Cuando el sujeto no puede elaborar sus experiencias es como si tropezase con la misma piedra sin encontrar el modo de evitarlo o superarlo.

La “piedra” como obstáculo puede significar un fracaso, una decepción, un trastorno o un cúmulo de circunstancias adversas. El dilema que aquí se presenta es: “jugar” o deprimirse. ¿En qué consiste el juego en estos casos? Primero, situar el obstáculo con la razón. Luego, tratar de no repetir el choque y buscar otra alternativa. La capacidad imaginativa al servicio de un trabajo elaborativo ha permitido al ser humano crear muchos juegos: con las palabras, con los sonidos, con su habilidad física y manual, disponiendo así de variados recursos que se articulan con el interjuego de las pulsiones, suministrando la libido y la agresividad indispensables.

En 1921, Freud se introduce en la psicología social publicando *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 1976t). Es muy importante el contexto en el que da a luz esta obra. Posiblemente, habían influido en Freud las repercusiones de la revolución rusa de 1917 y la emergencia del fascismo en Italia liderado por Benito Mussolini. Aún no habían comenzado los actos multitudinarios en los cuales líderes de extrema derecha o izquierda lanzaban proclamas incendiarias llenas de odio, pero estaban muy próximos a producirse.

En esas circunstancias, Freud se propone indagar los fenómenos psíquicos que se producen entre

los integrantes de una masa, recurriendo para ello a sus experiencias anteriores sobre la sugestión hipnótica, en particular vinculándolas a las relaciones de las masas con sus líderes idealizados y a la identificación con los que ellos representaban.

La sumisión puede ser de tal grado que equivale casi a un vínculo hipnótico, el cual sería pues una masa de dos. Esa sumisión supone fanatismo y con él la emergencia de lo más irracional, acrítico e impulsivo.

El *ideal del Yo* se permuta por una ilusión colectiva, suprimiendo aparentemente la vivencia de desvalimiento, la incertidumbre, cuando no el vacío subjetivo. Se exagera el odio sádico hacia quienes se supone enemigos de esa ilusión colectiva, pero al mismo tiempo se oculta el masoquismo implícito.

Todo ser humano se desarrolla a través de múltiples y variadas identificaciones que pueden exceder sus ámbitos de origen. La ficción de una identidad homogénea enraizada en la tierra de nacimiento constituye el núcleo de los nacionalismos, asociados a tendencias xenófobas con todas sus nefastas consecuencias.

En 1926 en su trabajo *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud (Freud, 1976v) presenta la angustia masiva como un tóxico que “enceguece”, que lleva a “perder la cabeza”, los “nervios”, es decir, la razón, pero casi siempre antes da un aviso, hace una llamada, con la cual hay que sintonizar y no desecharla. Su fuente puede ser la percepción consciente de la inminencia de un problema exterior e inconsciente cuando su fuente proviene del mundo interno. Puede ser incluso una fantasía inconsciente. Se percibe como una opresión acompañada de ahogo y a veces en casos extremos como una sensación de muerte inminente. Puede también manifestarse como un estado de desánimo, una necesidad de encerrarse, dormir, huir o desencadenar reacciones agresivas, en especial cuando la causa de esa angustia se sitúa en otra persona o en un determinado ámbito. Es equivalente en el nivel psíquico a lo que es el dolor a nivel físico.

Freud le va a dar un lugar especial a las consecuencias que puede producir la angustia: inhibiciones preventivas para evitar su emergencia, síntomas fóbicos o conversiones somáticas a nivel muscular junto a muchas veces dolores erráticos. Son los trastornos que hoy reciben el nombre de fibromialgias, sin llegar a categorizarse desde la perspectiva psíquica. La angustia forma parte también de las neurosis obsesivas acompañando a las ideas compulsivas.

En 1927, al publicar *El porvenir de una ilusión*, Freud (Freud, 1976w) inaugura una serie de estudios que continuará y ampliará con *El malestar en la cultura* (Freud, 1976a bis), título definitivo de un trabajo dedicado originalmente a la infelicidad, la cual sería producto de un antagonismo entre las demandas pulsionales y la realidad en la cual se desarrolla nuestra vida.

Antes de finalizar la década, le dedicará sendos escritos al fetichismo (Freud, 1976x) y al humor (Freud 1976y), este último representa un gran triunfo del *Yo* capaz de afirmarse a pesar de los desfavorables efectos de las circunstancias reales. El humor ocupa un lugar destacado dentro de la gran serie de recursos con los cuales el sujeto se defiende del sufrimiento. Así como el chiste representa la contribución de lo inconsciente para producir un efecto de comicidad, el humor es la contribución del superyó en su faceta más amable y consoladora, produciendo un efecto liberador. En el humor negro lo que se produce es la desviación de una pulsión agresiva e incluso destructiva en un sentido humorístico.

Tal vez lo contrario del humor sea el fanatismo.

Poco antes de recibir el Premio Goethe de Literatura en 1930, Freud escribe un ensayo sobre la personalidad de un gran literato, Dostoievski, titulado *Dostoievski y el parricidio* (Freud, 1976z), al cual admiraba, centrándose en su mejor novela *Los hermanos Karamazov* (Dostoievski, 2006). Destaca el aspecto cruel y sádico del *Superyó* y lo relaciona con intensos sentimientos de culpa inconscientes, haciendo hincapié en la búsqueda en el ideal religioso de una salida y una liberación.

Por otra parte, Freud señala que tres de las grandes obras maestras de la literatura universal: *Edipo Rey* de Sófocles, *Hamlet* de Shakespeare y *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski traten el mismo tema: el parricidio. En un trabajo posterior, Freud afirmará que las religiones se sustentan en la pretensión de redimir de ese sentimiento de culpa, el cual no sería más que una variedad de la angustia cuando proviene de las amenazas provenientes del *Superyó*.

El *Superyó* cultural plantea severas exigencias ideales cuyo incumplimiento es castigado mediante fuertes sentimientos de culpa inconscientes que atañen a las exigencias que producen los vínculos recíprocos entre los seres humanos y que se resumen bajo el nombre de ética.

La ética llamada natural, sigue diciendo Freud (Freud, 1976o), ofrece como recompensa la satisfacción narcisista de sentirse superior, mejor que los demás, sobre todo si los consideramos no pertenecientes a la misma cultura, lo cual reactiva una fuerte agresividad contra ellos.

Nos proveemos además de razones poderosas para justificar esos sentimientos agresivos. Nos topamos así con los nacionalismos y la necesidad de conciliarlos con sentimientos fraternos, más allá de las fronteras, sustentándolos en políticas de integración e intercambios.

Se esboza así un anticipo de lo que será años después la Unión Europea, no sin antes pasar por la tragedia de la Segunda Guerra Mundial.

Otro artículo de Freud es sobre el fetichismo (Freud, 1976x). Implica un desmentido y una renegación, vinculados ambos a una escisión del yo, que representa una defensa muy extrema. Se venera algo que pertenece al objeto pero tendría una función de ocultación respecto a lo que no deseamos percibir. Se podría equiparar a una creencia a la que nos aferramos para no registrar hechos y realidades insoportables, para lo cual debemos expulsar una porción importante de la realidad.

Tras publicarlo en el verano de 1927, en el otoño de ese mismo año concluiría *El porvenir de una ilusión* (Freud, 1976w). En esta obra, sostuvo Freud su idea de que la verdad se esconde detrás de una ilusión, muchas veces religiosa e inaugura una serie de escritos que habrían de constituir la preocupación primordial del resto de su vida, según afirma James Strachey (Strachey 1976) en su Nota Introductoria a *El porvenir de una ilusión*. Y son de los que nos ocuparemos a continuación.

Freud se enfrenta a la cuestión de una nueva regulación de los vínculos entre los seres humanos. No se siente capaz ni con la información suficiente para juzgar la nueva experiencia soviética y las que plantean algunas otras utopías ideológicas. Si se cumplieran, sería la Edad de Oro, pero duda mucho de que se pueda llegar a ella desde el desconocimiento que demuestran sobre las tendencias destructivas presentes en los seres humanos de las diferentes clases sociales y no sólo

de las élites.

Emprende la escritura del libro que primero titulará *La infelicidad en la cultura* y que posteriormente se conocerá como *El malestar de la cultura* (Freud, 1976a bis) que le ocupará el final de la década del '20 y principios de la siguiente. Su tema principal es el irremediable antagonismo entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por la cultura, entendida ésta como sinónimo de civilización.

Los ideales freudianos no son políticos sino científicos, considerando a la religión como la otra cara de la ciencia.

El porvenir de una ilusión (Freud, 1976w) en gran parte fue concebida como un diálogo con uno de sus discípulos y gran amigo, el reverendo Oskar Pfister, originario de Zurich.

Su siguiente obra aparecería en un contexto muy especial: la crisis económica brutal consecutiva a la quiebra de Wall Street y punto de partida de la Gran Depresión. En ese turbulento año 1930 se estaba comenzando a gestar la mayor guerra mundial de todos los tiempos. Peter Gay (1989) señala a *El malestar de la cultura* como una obra muy pesimista respecto a la meta de conseguir la felicidad.

Pero la oposición no se sitúa entre optimismo y pesimismo sino entre la posibilidad o no de revelar la verdad de toda ilusión enfrentándola con toda la energía y la lucidez indispensables. Hacer del hombre un ser cultural representa transformar sus pulsiones en fantasías, deseos, palabras que vehiculen pensamientos y sentimientos para poder facilitar las relaciones con sus prójimos.

La cultura será la resultante del conjunto de procedimientos para poder superar el malestar del desamparo y la inevitable insatisfacción sexual, sin pretender eliminarla por completo. Será preciso que las pulsiones se sublimen, teniendo en cuenta que la pulsión en estado puro es tanática, mientras que Eros, la pulsión de vida, es una modificación, un primer paso sublimatorio.

De todos modos, la agresividad no debe desaparecer del todo, pues es el combustible y motor que ayuda al hombre a vivir. Freud quiere evitar además que el ejercicio del psicoanálisis sea un monopolio de los médicos y si es posible entregarlo a un trabajo profesional que aún no existía. Se anticipa así a la existencia de psicólogos clínicos, pero también a otros profesionales con vocación psicológica, preocupados por la salud mental.

En el verano de 1930 recibe por segunda vez a un diplomático norteamericano experto en política internacional, William Bullitt, quien le propone colaborar en un estudio histórico y psicológico sobre el ex presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, en cuya delegación oficial había participado en ocasión de la firma del Tratado de Paz de Versalles que puso fin a la Primera Guerra Mundial (Elman Schutt, 2005).

Ambos compartían una profunda decepción respecto al presidente Wilson y además la situación económica crítica personal de Freud motivó que esta oferta resultara muy oportuna pero además era muy estimulante. Desde su colaboración con el Dr. Breuer, al comenzar su carrera en sus *Estudios sobre la histeria* (Freud, 1976a) no se le había presentado a Freud la posibilidad de

colaborar con otro profesional, que en este caso era además un hombre de acción.

A toda esta temática, se ha dedicado un libro que se denomina *La fascinación del líder*, publicado en 2005 (Elman Schutt, 2005). El objetivo de dicho libro fue rescatar la contribución freudiana en una obra que recién se publicaría en 1967 y que permaneció siempre fuera de las Obras Completas de Freud. Esa contribución no sería reconocida ni por los hijos de Freud dada la desconfianza que sentían hacia Bullitt ni por las sociedades psicoanalíticas oficiales, las cuales consideraban muy difícil confirmar esa participación, que podía además ser considerada muy osada en el plano político.

Conociendo bien las ideas freudianas y su estilo, he podido rescatar esa colaboración, pues Bullitt no estaba en condiciones de sustituirlas ni de imitarlas. Solo un autor francés, René Major (Major & Talagrand, 2007) se había atrevido antes a esta indagación, lo suficiente como para lograr que la historiadora del psicoanálisis, Elisabeth Roudinesco (Roudinesco, 2015) considerara esa obra el texto político más importante de Freud.

El libro en cuestión fue publicado recién en 1967 a la muerte de Bullitt y suscitó críticas muy negativas. Erik Erikson lo calificó de libro absolutamente nefasto y hasta el New York Times lamentó la participación de Freud en lo que consideraron un ataque a un expresidente norteamericano. Freud, en realidad, aportaba en este texto sus ideas sobre las graves consecuencias de dejarse guiar por fantasías utópicas. Entre los pasajes que se le pueden atribuir a Freud en su colaboración con Bullitt (Freud y Bullitt, 1973) se destaca el siguiente:

El hombre que instala a Dios en su superyó sube por un estrecho paso la montaña de la grandeza balanceándose sobre el abismo entre la neurosis y la psicosis. Si no puede cumplir las exigencias de la realidad, inventa realizaciones imaginarias hasta llegar al delirio, sustituyéndolas por bellas palabras (Elman Schutt, 2005, p. 75).

Se puede destacar en otro pasaje del libro la idea de que “cuando la ilusión política se convierte en creencia incuestionable, la función del ideal y del superyó se fusionan sin dejar margen a la crítica ni a la reflexión y la pulsión conduce a actos violentos, muchas veces destructivos” (Elman Schutt, 2005).

En su correspondencia con Albert Einstein, quien le pedía una reflexión sobre el porqué de las guerras, Freud (Freud y Einstein, 1976) se refiere a la pulsión destructiva existente en todo ser humano que podrá manifestarse más fácilmente cuando se siente autorizado para ello. Los límites del Estado de Derecho le imponen restricciones, pero inclusive dentro de un orden social se pueden encontrar muchas motivaciones, entre ellas ciertos ideales que justifiquen la vulneración de esos límites. En muchos códigos penales, se ha tipificado el delito de odio que es la antesala de ciertos grados de destructividad. El nacionalista, por ejemplo, tiende a encontrar y a señalar enemigos fuera de las fronteras de su nación.

También Freud cuestiona las promesas que representan las ideologías tan activas en su tiempo y advierte sobre el fracaso inevitable si no se tiene en cuenta la naturaleza humana y su conflictiva psíquica.

En particular, respecto al comunismo y a los ideales igualitaristas consagrados con la abolición de la propiedad privada, Freud los pone en cuestión porque sostiene que siempre habrá diferencias de poder y también idealizaciones engendradoras de enorme dependencia con el

líder idealizado. En resumen, el tema central es la problemática de la relación recíproca entre los seres humanos.

El narcisismo, introducido años antes, reaparece con fuerza y se extiende a lo que Freud denomina el *narcisismo de las pequeñas diferencias*, aplicable a las comunidades vecinas, cuya cohesión interna se intenta garantizar siempre que otros queden fuera para ser el objetivo de esas tendencias agresivas.

De su preocupación por lo que estaba ocurriendo en el mundo al comenzar la última década de su vida, la de los años '30, al avanzar en ella comienza a preponderar otra preocupación: la de su testamento en lo concerniente en especial a la práctica psicoanalítica. Entre sus últimas obras, *Análisis terminable e interminable* (Freud, 1976b bis) y *Construcciones en el análisis* (Freud, 1976c bis), ambas publicadas en 1937, cabe destacar que iban dirigidas a la aplicación del psicoanálisis a nivel terapéutico.

Freud no se vanagloriaba de sus éxitos terapéuticos. Es cierto que al ser el descubridor de esa técnica no tenía aún suficiente experiencia. Dejó constancia de sus primeras terapias en sus historiales clínicos, mostrando éxitos como en el caso de la fobia del pequeño Hans, pero también de sus fracasos.

En 1937, con los nazis amenazando con invadir Austria y habiendo sido quemados sus libros públicamente en Alemania, Freud vuelve a retornar después de casi 20 años a la cuestión de la técnica aunque también escribe su *Esquema del Psicoanálisis* (Freud, 1976e bis) y comienza su gran novela histórica: *Moisés y el monoteísmo* (Freud, 1976d bis).

La necesidad de exiliarse se hacía cada vez más perentoria pero a Freud no le resultaba nada fácil concretarla. No le faltaron apoyos políticos como el personal del presidente Roosevelt para lograr que se autorizase su salida y la de los suyos hacia Londres pasando por París, pero los trámites se tornaron muy complicados.

Construcciones en el análisis (Freud, 1976c bis) representó un giro radical respecto a sus anteriores escritos técnicos. La idea fundamental es que el psicoanalista y paciente comparten una tarea en común: la reconstrucción de una historia subjetiva. La interpretación comienza a ocupar un lugar marginal sólo aplicable a cuestiones puntuales: un lapsus, por ejemplo. Sin embargo, la interpretación como principal instrumento analítico recuperó toda su fuerza central en los tratamientos a partir de sus sucesores, en especial con Melanie Klein, la propulsora del psicoanálisis de niños.

En sus últimas aportaciones técnicas al psicoanálisis, lo importante no es tanto la recuperación de un pasado, los recuerdos olvidados, sino lo que no ha podido ser representado. Así como en *Análisis terminable e interminable* (Freud, 1976b bis), el trabajo analítico no se terminaba con la última sesión acordada con el psicoanalista proseguiría mientras hubiera vida psíquica en el analizado.

La preocupación de Freud sobre el futuro del psicoanálisis incluiría su oposición a que se lo idealizara, ni dominara la tentación de la sugestión. Parecía pensar Freud que aunque se quemaran sus libros, se desecharan sus teorías, siempre habría personas con vocación para formarse en el ejercicio del psicoanálisis, Adquiriendo

una base sólida representada por los fundamentos freudianos, pero también asumiendo otros desarrollos posteriores.

Las intervenciones del analista tanto sean interpretaciones o construcciones serán conjeturales, se irán confirmando o no en el curso posterior del proceso analítico, a través de su utilidad en la búsqueda de sentido como también su valor terapéutico, diferenciando muy bien que no son producto de la sugestión. En la posición actual, la reconstrucción del sentido se vincula al desarrollo de mayores recursos para pensar, para una mayor mentalización.

De la meta de recordar o repetir en la transferencia, se pasa a dar prioridad la meta de historizar, la cual representa una conjunción de pensar y vivenciar sobre uno mismo. El medio utilizado para ello será la construcción: su última gran aportación a la técnica psicoanalítica. Curiosamente, ambos últimos trabajos sobre la técnica mencionados no formaron parte de los seminarios durante mi formación psicoanalítica. Pero al descubrirlos decidí elegirlos para un curso de preparación para la docencia que se realizó por primera y única vez en la APA bajo la presidencia muy renovadora de Emilio Rodrigué.

Me correspondería exponerlos junto a una psicoanalista consagrada, Arminda Aberastury, con la cual nos volcamos especialmente en el artículo sobre *Construcciones*, inédito para ella también. Era el año 1967.

Después de los 37 años transcurridos desde *La interpretación de los sueños* (Freud, 1976b), tal vez el trabajo freudiano más difundido en sus múltiples ediciones, se abría un objetivo mucho más ambicioso, cuya base era ese mismo trabajo pero en este caso se trataba de la reconstrucción de toda la vida subjetiva.

Sin duda, mientras existan psicoanalistas el psicoanálisis se mantendrá vivo.

Es cierto que existen muchas corrientes diferentes dentro del campo psicoanalítico, a veces enfrentadas entre sí y muchos sistemas terapéuticos derivados en distintos grados del psicoanálisis. Todas pueden tener su validez, aunque hay demasiadas que han perdido su raigambre en los fundamentos freudianos.

Freud, ya en su tiempo, se refirió al análisis profano que practicaban algunos después de alguna lectura y sin una formación adecuada. Aún no podía imaginar hasta qué extremos se llegaría, aprovechando el gran prestigio que adquiriría el psicoanálisis después de su muerte.

En tanto su ejercicio no está reglamentado ni se pretende, el intrusismo está muy extendido. Desde psiquiatras que además de medicar en cuanto le dedican más minutos a escuchar a un paciente, se presentan también como psicoanalistas. Por ejemplo, existía en Nueva York algún personaje extravagante que imponía a sus pacientes que se desnudaran para contar sus sueños hasta los que promovían una supuesta regresión dramatizada a etapas infantiles no recordadas. No estoy inventando nada sino me remito a experiencias insólitas que me han sido relatadas por pacientes incautos que habían pasado por ellas.

El psicoanálisis considerado clásico atemorizaba por sus exigencias y por su prolongada duración durante décadas. En otros casos, una vez establecido el acuerdo inicial, no se admitían cambios de hora y, en este caso, no se trataba de profanos sino de psicoanalistas reconocidos.

Lo que pasa es que se ha tratado equivocadamente trasplantar el modelo de psicoanálisis didáctico a pacientes que buscan un psicoanálisis terapéutico. Habría que aclarar la diferencia. Si bien el primero es una experiencia que constituye uno de los pilares de la formación, cabría añadir que todo trabajo psicoanalítico es una psicoterapia, sin que esto represente ningún desmedro ni conduzca a proponer ninguna formación diferenciada para practicarlo. Tal vez lo que hay que revisar es el concepto de psicoanálisis didáctico.

Todo esto influye en la determinación de la frecuencia de las sesiones, la cual es, en los análisis didácticos, de tres o cuatro sesiones semanales.

Las psicoterapias psicoanalíticas, aunque los pacientes coloquialmente se refieran a ellas como “el análisis”, se terminan adecuando a las circunstancias de cada paciente y pueden ser actualmente de una sesión por semana o una quincenal. No es imprescindible el uso del diván y generalmente se realizan frente a frente con encuadres flexibles. Lo importante es la calidad del trabajo realizado en cada sesión y en el intervalo entre las sesiones.

Ya se ha superado el tiempo en el cual un psicoanalista francés, Jacques Lacan, puso de moda en los años '70 el citar a todos sus pacientes a la misma hora, reunirlos en una sala de espera y hacerlos pasar a su consulta arbitrariamente, durando las sesiones a veces unos minutos. Un compañero suyo de estudios, el destacado psicoanalista André Green, que le había apreciado mucho por sus conocimientos teóricos y por su inteligencia se alejó de él por considerar esa práctica inadmisibles, evidenciando muy poco respeto hacia el paciente.

La práctica impone una ética al igual que en otras especialidades médicas y en las más diversas actividades profesionales. Pero como no hay bata blanca ni instrumental quirúrgico expuesto ni informes específicos, sólo la formación del psicoanalista, lo que Green (2003) denominó el encuadre interno, garantiza la validez de esa tarea, la cual admite diferentes variantes dependiendo de la personalidad de cada analista.

Entre esas variantes nos encontramos también con la utilización conjetural de las construcciones psicoanalíticas.

Tras más de 70 años transcurridos desde su introducción en la obra freudiana, en la riva del lago de Ginebra y por iniciativa de la Sociedad Psicoanalítica de París y de la Sociedad Psicoanalítica Suiza, numerosas asociaciones psicoanalíticas de diversos países europeos y americanos decidieron reunirse para reflexionar sobre la utilización en la práctica de construcciones en psicoanálisis.

Se consideraron tres modelos: la construcción de lo no representado, la construcción de los fantasmas inconscientes y por último, la construcción de lo nuevo y lo inédito, buscando un sentido. Sobre todo, se puso de relieve una nueva manera de simbolizar y de estar “con” lo que el analista suscita, desarrollándose en un pensamiento complejo sin certidumbres previas (Manzano y Abella, 2015)

La aspiración en la primera época freudiana de reencontrar el recuerdo olvidado toma en la actualidad la forma distinta por parte del analista de imaginar, reconstruyendo escenas de lo que ha podido ser.

3. CONCLUSIONES

Este texto se basa en la idea de que para el estudio del psicoanálisis es imprescindible partir de los descubrimientos freudianos en el debido momento histórico de la vida de Freud y en el contexto político y social en que se han producido.

Tras más de 40 años de haber desarrollado la autora una labor de transmisión verbal de la obra freudiana, se propone ahora comenzar una tarea de transcripción escrita lo más sintética y clara posible, incluyendo nuevas ideas sobre la práctica psicoanalítica, con el objetivo de poner dichos conocimientos al alcance de un conjunto más amplio y diversificado de lectores.

REFERENCIAS

- Dostoievski, F. (2006). *Los hermanos Karamazov*, Madrid: Cátedra.
- Elman Schutt, F. (2005). *La Fascinación del Líder*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Elman Schutt, F. y Renau, D. (1995). Poder político y narcisismo, *Revista Claves*, 55.
- Freud, S. (1976a). *Estudios sobre la histeria*, Obras Completas, Vol.2. Buenos Aires: Amorrortu, 1893-95.
- Freud, S. (1976b). *La interpretación de los sueños I y II*, Obras Completas, Vol. 4 y 5. Buenos Aires: Amorrortu, 1900 y 1900-01.
- Freud, S. (1976c). *Psicopatología de la vida cotidiana*, Obras Completas, Vol. 6, Buenos Aires: Amorrortu, 1901.
- Freud, S. (1976d). *El chiste y su relación con el inconsciente*, Obras Completas, Vol. 8. Buenos Aires: Amorrortu, 1905.
- Freud, S. (1976e). *El creador literario y el fantaseo*, Obras Completas Vol. 9. Buenos Aires: Amorrortu, 1907.
- Freud, S. (1976f). *Sobre las teorías sexuales infantiles*, Obras Completas, Vol. 9, Buenos Aires: Amorrortu, 1908.
- Freud, S. (1976g): *Análisis de la fobia de un niño de cinco años, el pequeño Hans*, Obras Completas, Vol.10, 1909.
- Freud, S (1976h) *A propósito de un caso de neurosis obsesiva (caso del "Hombre de las ratas")*, Obras Completas, Vol. 10, 1909.
- Freud, S. (1976i). *El recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, Obras Completas, Vol. 11. Buenos Aires: Amorrortu, 1910.
- Freud, S. (1976j). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente*, Obras Completas, Vol. 12. Buenos Aires: Amorrortu, 1911.
- Freud, S. (1976k). *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*, Obras Completas, Vol. 12. Buenos Aires: Amorrortu, 1911.
- Freud, S. (1976l). *Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis)*, Obras Completas, Vol.12. Buenos Aires: Amorrortu, 1914.
- Freud, S. (1976m) *Trabajos sobre técnica psicoanalítica*. Obras Completas, Vol. 12. Buenos Aires: Amorrortu, 1911-15.
- Freud, S. (1976n). *El Moisés de Miguel Angel*, Obras Completas, Vol. 13. Buenos Aires: Amorrortu, 1914.
- Freud, S. (1976o). *Introducción del narcisismo*, Obras Completas, Vol. 14. Buenos Aires: Amorrortu, 1914.
- Freud, S. (1976p). *Trabajo sobre metapsicología*, Obras Completas, Vol. 14 Buenos Aires: Amorrortu, 1915.
- Freud, S. (1976q). *Duelo y melancolía*. Obras Completas, Vol. 14. Buenos Aires: Amorrortu, 1917.
- Freud, S. (1976r). *Lo ominoso*, Obras Completas, Vol. 17. Buenos Aires: Amorrortu, 1919.
- Freud, S. (1976s). *Más allá del principio del placer*, Obras Completas, Vol. 18. Buenos Aires: Amorrortu, 1920.
- Freud, S. (1976t). *Psicología de las masas y análisis del yo*, Obras Completas, Vol. 18. Buenos Aires: Amorrortu, 1921.
- Freud, S. (1976u). *El yo y el ello*, Obras Completas, Vol. 19. Buenos Aires: Amorrortu, 1923.
- Freud, S. (1976v). *Inhibición, síntoma y angustia*, Obras Completas, Vol. 20. Buenos Aires: Amorrortu, 1926.
- Freud, S. (1976w). *El porvenir de una ilusión*, Obras Completas, Vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu, 1927.

- Freud, S. (1976x). *Fetichismo*, Obras Completas, Vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu, 1927.
- Freud, S. (1976y). *El humor*. Obras Completas, Vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu, 1927.
- Freud, S. (1976z). *Dostoievski y el parricidio*, Obras Completas, Vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu (Orig. 1928)
- Freud, S. (1976a bis). *El malestar en la cultura*, Obras Completas, Vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu, 1930.
- Freud, S. (1976b bis). *Análisis terminable e interminable*, Obras Completas, Vol. 23. Buenos Aires: Amorrortu, 1937.
- Freud, S. (1976c bis). *Construcciones en el análisis*, Obras Completas, Vol. 23. Buenos Aires: Amorrortu, 1937.
- Freud, S. (1976d bis). *Moisés y la religión monoteísta*, Obras Completas, Vol. 23. Buenos Aires: Amorrortu, 1939.
- Freud, S. (1976e bis). *Esquema del psicoanálisis*, Obras Completas, Vol. 23. Buenos Aires: Amorrortu, 1940.
- Freud, S. y Breuer, J. (1976). *Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos*, Obras Completas, Vol. 3. Buenos Aires: Amorrortu, 1893.
- Freud, S. y Einstein, A. (1976). *¿Por qué la guerra?*, Obras Completas, Vol. 22. Buenos Aires: Amorrortu, 1933.
- Freud, S. y Bullitt, W (1973). *El Presidente Thomas Woodrow Wilson. Un estudio psicológico*, Buenos Aires: Letra Viva,
- Gay, P. (1989). *Freud- Una vida de nuestro tiempo*. Barcelona: Paidós.
- Green, A. (2003). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (2009). *El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica, en Escritos 1*. México: Siglo XXI.
- Laplanche, J. (1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis- La seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Le Bon, G. (1981). *La Psychologie des foules*. Paris: P.U.F, 1895.
- Major R. y Talagrand, Ch. (2007). *Freud, Una biografía política*. Buenos Aires: Topía.
- Manzano, J. y Abella, A. (2015): *La construcción en psicoanálisis ¿Recuperar el pasado o reinventarlo?* Madrid: APM.
- Marini, M. (1986). *Lacan*. París: Pierre Belfond.
- Mc Dougall, W. (1973). *The Group Mind*. New York: Arno Press, 1920.
- Money-Kyrle, R. (1985). *Psychanalyse et horizons politiques*. Paris: Privat, 1951.
- Roudinesco, E. (2015) *Freud en su tiempo y en el nuestro*. Barcelona: Debate.
- Strachey, J. (1976). *Nota introductoria a El porvenir de una ilusión en Freud (1976v)*, Obras Completas, Vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu, 1961.
- Zizek, S. (1998). *Porque no saben lo que hacen- El goce como un factor político*. Buenos Aires: Paidós.